

Comentarios

Ser o no ser anticapitalista...

Cuando los intelectuales bien formados, esto es, los que en algún momento de sus vidas han comprendido la naturaleza del capitalismo, caen en la cotidianidad, tienden a olvidar que la mayoría de los males y problemas que vivimos encuentran su explicación en el sistema mismo y, en consecuencia, al proponer soluciones por muy bien intencionadas que éstas sean, resultan imposibles de ser llevadas a la práctica, porque chocan con los límites que el sistema impone. Semejantes son los consejos que le ofrecen a ARENA algunos analistas políticos, olvidando la naturaleza, la esencia y los objetivos de un partido como éste. De seguir estas sugerencias, ARENA dejaría de ser lo que es, es decir, un partido de derecha que busca proteger y promover los intereses de la fracción de clase que lo controla o los intereses mediatos de la clase capitalista para la cual existe en última instancia.

Otros en cambio, como nunca han comprendido la esencia del capitalismo, ni la naturaleza clasista de estas sociedades, creen de buena fe que muchos de los problemas que sufrimos, pudieran solucionarse con gobiernos capaces y honestos, con respeto a las libertades ciudadanas y con la creación de una institucionalidad propia de las democracias capitalistas. Estos no caen en la cuenta de que, además, de los males propios del capitalismo, sufrimos las consecuencias de ser países dependientes económica, política y culturalmente y que el imperialismo es, hoy en día, más real que nunca. En consecuencia, las posibilidades para avanzar hacia el desarrollo, forjando nuevos caminos, son cada vez más una quimera, al menos, mientras perviva el imperio gringo y/o no lo enfrentemos de manera uni-

da los pueblos latinoamericanos con nuevas visiones y nuevas estrategias de lucha.

Existen también quienes, por padecer una simple mentalidad de derecha, defienden el sistema capitalista, sin percatarse de que éste es, precisamente, la causa de sus males, sus problemas y sus desgracias. Gracias al bombardeo publicitario o propagandístico, a la educación escolar o familiar, a la influencia de religiones retardatarias, etc., la mentalidad de derecha se convierte en una de las principales causas o razones del comportamiento paradójico de las víctimas del sistema. El sistema los tiene hundidos en la miseria material y espiritual, pero no son capaces de establecer una relación de causalidad entre sistema capitalista y pobreza, exclusión social, desempleo, bajos salarios, desnutrición, insalubridad, contaminación y degradación ambiental. Entender que el sistema sólo reconoce la racionalidad de la ganancia, parece algo demasiado intrincado. En tanto que se entiende la ganancia de manera vaga e imprecisa, y al hacerlo, pareciera que todos buscamos ganar, salir gananciosos, obtener ganancias. De manera que las diferencias cualitativas que presentan un vendedor de mango *twist* y un gran empresario capitalista se borran. Y quedan sólo las diferencias cuantitativas: uno gana poco y el otro gana mucho. Y pareciera que ambos son seres de la misma especie: empresarios, que necesitan del sistema capitalista para poder operar y ganar.

Pero existen también aquellos que, sin ser parte de la burguesía, disfrutan del sistema y poseen una ideología de derecha, igual o peor que la burguesía. Sus vidas cómodas les llevan a pensar que

el sistema brinda oportunidades para todos, que las maravillas de la libre empresa allí están y sólo es cuestión de trabajo y esfuerzo para lograr ser un triunfador, esto es, tener algún tipo de comodidad material. Los pobres, los excluidos, los marginados lo son porque nunca han querido trabajar; son viciosos e irresponsables. La tontera de los pobres es tal, agregan, que se cargan de hijos a quienes mal alimentan y son incapaces de educar, con lo cual lo único que están asegurando es reproducir su condición de pobreza. Y la pobreza es tierra fértil para cultivar vagancia, delincuencia, prostitución, drogadicción y más pobreza. Adoran y defienden el sistema, presumen de demócratas, de buenos cristianos y están dispuestos a cualquier acto inmoral, ilegal o de servilismo con tal de escalar posiciones económicas privilegiadas, y cuando las adquieren, se sienten triunfadores y buscarán por todos los medios justificar la desgracia o la miseria de los otros, mas nunca reconocerán que al ser ellos unos vendidos, contribuyen a preservar el sistema y todos sus males.

Sé que la realidad social es mucho más compleja, pero me parece que esos cuatro grupos señalados son bastante representativos de nuestra población y, para los fines que persigo, basta con referirme a ellos. Ya que la cuestión de la que busco ocuparme es ¿por qué soy anticapitalista? Lo cual nos lleva a preguntarnos, ¿qué entiendo por tal? Pudiera parecer obvio; sin embargo, no lo es. Se podrá decir que un anticapitalista es un comunista, un socialista, un maoísta, un trotskista, un anarquista, un revolucionario marxista leninista, etc. Y si bien todos los que caben bajo estos calificativos son anticapitalistas, no hay razón alguna para confundirlos, en tanto que poseen elementos que los diferencian y los hacen ser lo que son. Inclusive se puede ser anticapitalista por ser profundamente humanista o ecologista radical. Como se ve, la cuestión no es tan sencilla y como mi objetivo no es captar adeptos para algunas de esas corrientes y como ocurre que tampoco me siento a gusto con algunos de esos apellidos y pudiera ocurrir que me incluya en el etcétera, no me da la gana definirme más allá de ser anticapitalista. Ya que, reitero, lo que busco es responder, precisamente, por qué soy anticapitalista.

Veamos primero una razón de carácter general. Cualquier problema económico, social, político, jurídico, ideológico o ecológico, si se analiza bien y se va hasta su raíz, se encontrará siempre que ahí están el sistema capitalista y su racionalidad, esto

es, la búsqueda de ganancias. Y cualquiera pudiera pensar, pero qué de malo tiene buscar ganancias. Si se hace de una manera legal será, obviamente, un acto legítimo. Cualquier empresario podrá argumentar: "Nosotros, les pagamos a nuestros trabajadores el salario que establece la ley, pagamos los impuestos conforme lo establece la ley, producimos artículos que la ley nos autoriza producir y lo hacemos con técnicas no contaminantes del medio ambiente. Durante más de cincuenta años, hemos venido produciendo bebidas alcohólicas, que son el deleite de la población e, inclusive, hemos colaborado con el deporte nacional, haciendo muchos donativos, los cuales, obviamente, deducimos de los impuestos, tal como lo establece la ley. Y como además hemos sabido administrar muy bien la empresa, hemos logrado acumular una cuantiosa fortuna y ahora somos una de las familias más ricas del país, lo cual, es obvio, más que motivo de vergüenza es motivo de orgullo, ya que con nuestras empresas damos empleo a muchos miles de trabajadores y contribuimos al bienestar de la población y al engrandecimiento de nuestro país".

Veamos el caso anterior, donde se apela a la legalidad y de donde se deduce que el actuar es legítimo. ¿Qué es ley? Los que hacen las leyes las han definido como una expresión de la voluntad soberana que, manifestada en la forma prescrita por la Constitución, manda, prohíbe y permite. Es una norma de conducta, de comportamiento, y en eso no hay discusión. El problema comienza cuando se arguye que es una expresión de la voluntad soberana y se nos ha dicho también que la soberanía reside en el pueblo. Si esto fuese así, ¿usted cree que el pueblo se decretaría unos salarios mínimos que no bastan ni siquiera para comer, o que se nos obligue a pagar el 13 por ciento de impuesto por cualquier compra o que los impuestos en general castiguen a los más pobres y premien a los más ricos, esto es, que sean regresivos?

Las leyes, en cualquier sistema capitalista, están elaboradas pensando en que funcione el sistema capitalista y para que esto ocurra, se buscará que los capitalistas tengan aseguradas sus ganancias, y con ello, la posibilidad de acumular más y más riqueza. Tan es así que, incluso en el caso de que una mayoría de izquierda controlara la Asamblea Legislativa, no podría emitir leyes que pusieran en peligro las ganancias de los empresarios capitalistas y al sistema capitalista mismo. A lo sumo podría disminuir esas ganancias un poco. Y por eso,

precisamente, a la burguesía le preocupa mucho que gane la izquierda. Pero si la izquierda ganara y se excediera en sus acciones legislativas, más allá de un punto tolerable para la burguesía, ésta, para defenderse, cuenta con cuantiosos recursos económicos, que le permitirían comprar diputados, abogados y, en última instancia, a militares para que den un golpe de Estado y así poner fin a los abusos de la izquierda o de cualquier gobierno que quiera gobernar de cara a los intereses del pueblo.

Necesario es explicitar cuál es la verdadera función de los militares, ya que nunca se hace. En efecto, su función no es otra que la defensa del sistema. Se dirá que es defender la integridad del territorio y la soberanía nacional, pero eso es pura retórica, ya que Honduras nos quitó parte de nuestro territorio y el ejército no hizo nada. Estados Unidos ha pisoteado nuestra soberanía y el ejército nunca ha hecho nada. Sin embargo, siempre se mantiene. Allí está, aunque no lo veamos, y a un elevado costo para la sociedad, sin hacer nada, sólo esperando el momento en que tenga que entrar a escena para defender el sistema capitalista, aunque se dirá que es para defender la democracia. La democracia, la cual es una maravilla, mientras sea la derecha la que gane las elecciones. Pero cuando esta en peligro de perder, usa los medios de comunicación para atacar de forma sucia, e incluso calumniosa, a los opositores, sobre todo si son de izquierda, porque los medios de comunicación son propiedad de los ricos. Por eso, cuando algún periodista se atreve a cuestionar al gobierno de los ricos, se le cierra el espacio, se lo calla.

Adicionalmente, cuando avanza la oposición, sobre todo si es de izquierda, se acude primero a las leyes para encarcelar a los opositores, y si estas no bastan, se acude a la represión, por parte de los cuerpos de seguridad pública. Después vienen las torturas, los desaparecidos, los asesinados. Y el gobierno dirá que es para defender la tranquilidad y el orden público. Pero claro, se trata de la tranquilidad y del orden público que los ricos necesitan para seguir acumulando riqueza. Así ha funcionado históricamente el sistema y no existen nuevos datos que nos induzcan a pensar que la realidad ha cambiado.

Después de este largo paréntesis, volvamos a nuestro empresario y al argumento de su legalidad, de la cual deduce la legitimidad de su conducta. ¿Será legítimo que el empresario haya acumulado una cuantiosa fortuna, mientras que sus trabajado-

res sigan igual de pobres? ¿Cómo es posible que si el trabajador es quien crea la riqueza, éste participe de manera tan desigual en su distribución? ¿Será legítimo que existan unas pocas personas muy ricas, inmensamente ricas, mientras otras muchas, muchísimas, sean muy pobres, pobrísimas? ¿Y cómo se explica que unos se hagan muy ricos, los menos, y otros, los más, a pesar de trabajar y muy duro, sigan siendo pobres? Obviamente, porque unos explotan a los otros. Porque de toda la riqueza que crean los trabajadores, una mínima parte va para ellos y la gran mayoría va para los ricos. Para el trabajador sólo va el salario, y es por eso que los ricos siempre buscan pagar poco. Ya que, de cada trabajador a su servicio, exprimen una buena parte de la riqueza generada por él. La explotación del trabajador es la única forma de entender por qué unos se hacen muy ricos y otros permanecen pobres, a pesar de trabajar toda su vida útil. Y claro, cuantos más trabajadores sean explotados más riqueza acumulará el empresario capitalista. El sistema funciona así.

El empresario alega que su actividad es legal, ciertamente, la ley le permite producir bebidas alcohólicas. Hubo un tiempo en que esta actividad, fuente de grandes beneficios, era exclusiva del Estado, con seguridad porque era el Estado mismo el que tenía que cargar con los costos sociales provocados por el consumo de bebidas alcohólicas. Pero como la burguesía siempre ha querido controlar todas las actividades económicas que generan beneficios, se privatizó la producción de bebidas alcohólicas. Así como después se han privatizado los bancos, las comunicaciones, la energía eléctrica, las pensiones y ahora quieren privatizar los servicios de salud y agua. ¿Pero será legítimo que el empresario de marras promueva el consumo de una bebida alcohólica, que es sabido que genera adicción y lo haga de la manera más cínica, asociando su consumo a los deportes y estimulando el mismo entre los jóvenes? Y que a pesar de ser responsable de haber propiciado la adicción y todos los daños y costos sociales que ella conlleva, no pague por ello, mientras acumula una cuantiosa fortuna. Y ocurre, además, que nadie lo ha llamado narcotraficante, a pesar de que trafica con una droga. El sistema es así, adecua la moral y los principios a la conveniencia de los capitalistas. De allí que al narco-emprendedor se lo considere un modelo de empresario, de hombre emprendedor y de éxito. Al punto de afirmar que reúne el mejor perfil para ser Presidente de la República.

Este es el capitalismo. Así es el sistema en el que vivimos. ¿Vivimos? Vivir tiene que ser otra cosa, algo distinto a pasar nuestra existencia trabajando. Algunos tan sólo para no morir de hambre, otros para tener unas cuantas cosas materiales, otros para pagar la casa, los muebles y los aparatos; otros para pagar también el carro, el colegio de los hijos, el seguro de salud y de vida, el teléfono, el cable, la lavadora, la secadora, los pasajes de avión, la cuota del club, etc., etc. Levantarse a las cuatro de la mañana, tomar el autobús a las cinco, llegar al trabajo a las siete, salir a las cuatro, a las cinco o a las seis y retornar a la casa a las siete, a las ocho, o a las nueve, medio dormidos, mal comidos y cansados, para iniciar la misma rutina al día siguiente, para ganar el salario mínimo, en una maquiladora. ¿Será esto vida? Creo que la vida tiene que ser otra cosa. Pero el capitalismo sólo ofrece vida a la burguesía y a sus cómplices. Aunque tampoco estoy muy seguro de esto. Pienso que tampoco ellos tienen vida, tienen cosas, tienen dinero, casas, piscinas, carros, aviones, yates, etc. Pero muy poca vida. La vida tiene que ser otra cosa.

También por esto soy anticapitalista. Estoy por la vida, no por la mera existencia, por muy cómoda que pueda ser.

Veamos otro ejemplo. La carencia de viviendas. A pesar de que existe algo que se denomina Fondo Social para la Vivienda, existen cientos de miles de personas, en el país, que no poseen vivienda digna, ni propia. ¿Por qué en pleno siglo XXI, a pesar del desarrollo tecnológico y la existencia de instituciones que se preocupan por satisfacer esta necesidad social, siguen existiendo personas que no tienen vivienda propia? ¿Por qué? Porque no tienen los ingresos necesarios, ni siquiera para calificar para obtener un crédito con el Fondo Social para la Vivienda. Los precios de las viviendas, incluso las mínimas, las que eufemísticamente llaman soluciones habitacionales, son aún demasiado altos para muchas personas, y esto es así porque sus salarios o ingresos son muy bajos o porque ni siquiera tienen empleo. Donde, de nuevo, aparece como responsable el sistema, los empresarios capitalistas, que pagan salarios muy bajos, o que ni siquiera son capaces de generar empleo suficiente, aun pagando salarios miserables. Pero esto sería del lado del comprador, del usuario potencial de la vivienda. Pero, ¿por qué los precios son demasiado altos, aun cuando los salarios de los trabajadores que las construyen son bajos? La respuesta tie-

ne que provenir de los otros determinantes del precio por unidad elaborada, la tierra, los materiales y las ganancias de los constructores.

Cualquier constructor les dirá que el precio de la tierra es muy elevado y lo es porque el mercado así lo establece, lo que no atinará a decirle es por qué esto es así. Veamos ¿Por qué el precio de la tierra es tan elevado? Porque, sencillamente, el mercado no funciona cuando la oferta no se puede incrementar, atendiendo a la demanda. No es posible producir más tierra. La superficie está dada. Pero, además de ser una oferta rígida, inelástica, en términos potenciales, es manipulada de forma artificial, por el lado de la oferta efectiva. Se especula con la tierra, sabiendo que a futuro su precio será mayor, esto es, no se venden superficies estratégicas, esperando que su precio se incremente ante el uso de tierras menos estratégicas. Y esto es posible, porque existe un monopolio de la propiedad de la tierra. Usted y sólo usted es el propietario de una determinada superficie y nadie puede usarla, mientras usted no lo permita, mucho menos reproducirla a voluntad. Este simple hecho posibilita que los precios de la tierra se incrementen de una manera desmedida o desmesurada, posibilitando aumentar la fortuna de los terratenientes y limitando los pobres la posibilidad de tener acceso a la vivienda. ¿Y quiénes son esos terratenientes? Pues aquellos que tuvieron suficiente poder económico, en el pasado, para apropiarse grandes extensiones de tierra, ya sea por medios legales (compra) o ilegales (control del poder político). O sea que se trata de antiguos capitalistas que, por medio de la explotación y la sobreexplotación, como cualquier capitalista, acumularon grandes fortunas, las cuales heredaron a sus descendientes. Esta es una forma por la cual se reproduce el sistema capitalista y se reproducen también las diferencias entre los ricos y los pobres, las cuales, a causa de los mecanismos de acumulación de capital, tienden a ir aumentando, o sea, los ricos se hacen más ricos y los pobres más pobres.

Pero también es importante considerar los otros factores relacionados con el precio de la vivienda, como los materiales, lo cuales incluyen un margen de ganancia en sus precios. Y en algunas ocasiones, como en nuestro caso, se pagan precios elevados de una manera artificial por el cemento, un componente importante de la construcción. Y se pagan precios muy elevados, porque no se permite la libre competencia, a pesar de todo lo que hablen

los ricos a favor del mercado. Cuando se trata de proteger una fuente muy importante de beneficios, controlada por los principales grupos empresariales del país, ésta se excluye de los tratados de libre comercio. Esta es la realidad del cemento, excluido del tratado de libre comercio con México. Así es como la clase dominante opera, así es como se controla la economía, así es como se abusa del resto de la población y se amasan cuantiosas fortunas, las cuales alegan después que son fruto de su esfuerzo. ¡Pamplinas!

Además de la ganancia que exigirá para sí el empresario constructor y los intereses que tendrá que pagar a los banqueros, que financiaron el proceso de construcción de las viviendas, aún hay que incluir, en el pago efectivo que realizará el comprador de la vivienda, los intereses que cobrarán los banqueros por financiar la compra, los cobros de comisión por el préstamo, el seguro de la vivienda, que servirá para que el banco se cobre la deuda, en caso de un desastre, y los gastos de escrituración por el crédito.

Siendo así como funciona el sistema capitalista, no es extrañar que exista tal cantidad de familias que no puedan tener acceso a una vivienda propia. Por esto también es que soy y seguiré siendo anticapitalista. Y como podemos observar, los problemas en el capitalismo son de tal naturaleza que sólo se pueden resolver con un cambio del sistema. No entender o no aceptar este punto, revela cuál es nuestra realidad personal: ignorante, ingenuo o interesado.

Si analizamos la problemática ambiental, nos encontraremos con el sistema capitalista y su búsqueda incesante de beneficios. El caso de la finca El Espino es un símbolo del daño ecológico que hacen los constructores sin que les importe un comino, siempre y cuando obtengan beneficios. Hubo protestas, hubo alegatos, hubo razonamientos, ¿qué no se hizo para detener la destrucción del bosque? Y, sin embargo, nada fue capaz de detener la voracidad de los empresarios capitalistas. Nos argumentan que son los costos del progreso. El progreso, ¿de quién? Será, en todo caso, el de los ricos, y a la larga, ni el de ellos, porque si convertimos el país en un desierto de asfalto y cemento, no habrá vida para nadie. Y eso es lo que están generando los constructores con su modelo expansivo de viviendas, el peor modelo para un país como el nuestro y con la agravante que eligen zonas de tierras fértiles, con vocación agrícola, para construir mi-



les de minúsculas casitas. ¿Por qué operan así? Porque lo único que les importa es la rentabilidad. ¿Y no sería posible evitarlo? Como no, cambiando el sistema. Cambiar el gobierno no basta, en tanto que el gobierno lo que persigue es la reproducción del sistema. Así está diseñado todo el sistema jurídico y político. Pero abundemos en ejemplos. Es sabido que el asbesto, debido al amianto que contiene, produce cáncer y no obstante, se siguen produciendo láminas de asbesto y los constructores las siguen usando, ¿por qué? Porque produce beneficios, de igual manera se siguen vendiendo productos que contienen clorofluorocarbonos, a pesar de que destruyen la capa de ozono; o se siguen usando vehículos cuyas emisiones ocasionan el efecto invernadero, además de contaminar el aire. Las fábricas siguen contaminando el aire y el agua con sus emisiones o desechos tóxicos, etc. ¿Y por qué no actúan de otra manera? Porque sus beneficios se verían disminuidos. En última instancia, encontramos siempre la rentabilidad del capital. Y todo te lo pueden perdonar, menos que atentes contra la sacrosanta rentabilidad del capital. Por esto, también es que soy anticapitalista.

Otra forma de comprender el sistema capitalista, en nuestro país, es analizar el modelo neoliberal maquilero, el cual es fácil de comprender, porque se reduce a cuatro elementos: el capital maquilero no paga impuestos, paga bajísimos salarios, exige grandes obras de infraestructura, así como servicios baratos y eficientes, todo para apropiarse de exorbitantes ganancias. Al no pagar impuestos es un capital subsidiado por el resto de la sociedad, la cual tiene que cargar con los gastos de la infraestructura. Siendo maquila, no demanda materias primas producidas localmente, en consecuencia, no estimula el crecimiento económico. Lo poco que se quedaría en demanda nacional, vía salarios, también se va, porque gracias a la apertura comercial, la industria nacional casi ha desaparecido y, finalmente, los elevados beneficios que se apropian son transferidos al exterior. Cuando los gobiernos se ufanan de la maquila es porque se creen muy listos y piensan que el resto de la sociedad está constituida por imbéciles, lo cual es típico de los gobiernos de derecha, desde el salvadoreño hasta el de Estados Unidos, pasando por Italia y España. Ahora bien, si la cosa es tan sencilla, ¿por qué no resulta evidente? Primero porque no es evidente y no lo es porque una característica importante del sistema es el enmascaramiento, la metamorfosis de la realidad o la fetichización de la misma, lo cual se encuentra en la raíz del sistema mercantil capitalista.

Desde el momento en que consideramos a los productos del trabajo humano como mercancías, como valores, y no como simples objetos útiles, se desencadena toda una gama de fetiches, que nos dominan, que nos esclavizan y que nos llevan a necesitarlos y a quererlos —como el adicto quiere la droga— y a hacer todo aquello que sea necesario para tenerlos. Así es el capitalismo, así funciona.

Nuestros hábitos de vida, de trabajo, nuestros valores, nuestros principios, nuestros sueños, nuestros anhelos van siendo condicionados por los fetiches. Fetiches que tienen su origen en una cosa tan simple y a la vez tan compleja como la mercancía. De allí que mientras sigamos considerando a los productos del trabajo como mercancías —las cuales son un producto social, obviamente, y al ser así, no pueden verse como algo natural—, no podremos liberarnos de los otros males que se derivan de tal fetichismo. Un ejemplo para entendernos. En la extinta Unión Soviética, se nacionalizó la propiedad de los medios de producción, ya no existían empresarios capitalistas; sin embargo, al haber pre-

servado el carácter mercantil de los productos del trabajo, no lograron liberarse del fetichismo mercantil. Y aunque parezca ridículo los y las soviéticos se desvivían por obtener mercancías producidas en occidente: cigarrillos, bolígrafos o prendas interiores femeninas eran objetos mediante los cuales se podían obtener hasta favores del cuerpo de hermosas mujeres rusas. Fenómeno similar ocurre con las llamadas jineteras en Cuba, a pesar de ser un pueblo que tiene satisfechas sus necesidades materiales y espirituales, siguen sufriendo del fetichismo mercantil, porque perviven las mercancías. Si ello ocurre en sociedades donde las personas no tienen tantas carencias, imagínese todo lo que genera el fetichismo mercantil, en nuestras sociedades, donde la mayoría de las personas carece hasta de lo más mínimo para sobrevivir. Ello, a mi juicio, es una razón importante para ser anticapitalista, porque el capitalismo ha expandido a la enésima potencia, no sólo el fetichismo mercantil, sino el fetichismo de las marcas, del capital, de la riqueza, de las cosas materiales, etc. De lo cual se deriva la ausencia de valores importantes, que deberían de caracterizar a la humanidad y al humanismo, como la cooperación, la solidaridad, la ayuda mutua, la libertad integral y la autorrealización personal.

Y de este fetichismo no escapan tampoco los empresarios, el capitalista quiere acumular más capital y nunca será suficiente todo el capital que acumule, por mucho que éste sea, y en ese proceso de voracidad sin límites, no le importan los medios que emplee para incrementar su fortuna: pagar bajos salarios, expropiar, explotar o reprimir a los trabajadores. Todo ello resulta la cosa más normal del mundo. El evadir impuestos se justifica mediante argucias legales. El comprar funcionarios, jueces, abogados, militares, policías y políticos se presenta como gastos de funcionamiento del capital. El destruir la naturaleza y el medioambiente como los costos del progreso. La voracidad sin límites de ganancias la justifican alegando que gracias a ellos se generan puestos de trabajo. Y para que los capitalistas más grandes se puedan comer a los más pequeños sin ninguna dificultad, nos argumentan que, gracias al libre mercado, se estimula la competencia, la eficiencia y se incrementa la productividad. Pero nunca nos dicen cuál es, en verdad, su sueño más anhelado: el poder acumular riqueza sin tener que contratar trabajadores. Por tal razón es que cualquier maquinaria o equipo que reemplaza el trabajo humano es recibido con una encantadora, pero macabra sonrisa de felicidad. Sin

reparar en que si no hubiera trabajadores, no habría consumidores y no podrían vender sus mercancías y no existiría capitalismo. Esta es la mayor paradoja del sistema: la búsqueda para incrementar beneficios conduce a los empresarios a incrementar el capital constante y a disminuir el capital variable, sin percatarse que, con ello, se juegan la vida.

El capitalista es, ciertamente, un victimario del resto de la sociedad, pero a su vez se convierte en víctima del sistema. En la medida en que es la personificación del capital, tiene que actuar conforme a la lógica del capital. Es un engendro del capital y tiene que servirlo, adorarlo y ser su esclavo. Si no acumula, si no crece, terminará siendo devorado por otros capitalistas. Su vida depende de acumular más y más capital. Y el capital va generando toda una red jurídica, ideológica, política en la cual el capitalista es cazador y presa, se sirve de ella, pero es prisionero de la misma.

Un ejemplo de la monstruosidad de la cual es capaz el capitalismo la observamos en los extremos a que ha llegado la voracidad de los capitalistas gringos, en nuestro tiempo, lo cual no es totalmente nuevo. Antes fueron los ingleses, los franceses, etc. Pero sí lo es en términos del cinismo, la hipocresía y el daño que le ocasionan a diferentes pueblos del mundo, por el simple hecho de tener en sus territorios petróleo o ser una ruta para el tránsito del mismo. Ahora es época para asegurarse las fuentes de abastecimiento del crudo; mañana será el agua, como en el pasado lo fueron el oro, el hierro, los diamantes, el cobre, etc. El capitalismo es así y los capitalistas usan sus gobiernos (transformados en gendarmes), sus pueblos (convertidos en soldados) y los recursos de su país para invadir, conquistar o destruir países y gobiernos (en vez de satisfacer las necesidades sociales de los pobres) con el único fin de garantizarse beneficios, ganancias constantes y crecientes para incrementar sus ya cuantiosas fortunas. Las empresas petroleras, automovilísticas y las de la industria bélica se cuentan entre las más ricas del mundo.

Eso es el capitalismo, en su modalidad imperialista más evidente, pero existen otras formas menos visibles, mediante las cuales saquean al tercer mundo y nos limitan o impiden cualquier posibilidad de desarrollo y nos condenan a vivir en la miseria, mientras ellos usan y derrochan la mayor cantidad de recursos del planeta. Esas formas no evidentes las encontramos en el intercambio desigual, en nuestras relaciones comerciales, lo cual se traduce

en una transferencia de valor, desde nuestras economías ya pobres, a las suyas para que puedan seguir siendo más ricas; en los préstamos que representan también otra fuente de succión de valor, desde nuestras economías hacia las de ellos; la inversión extranjera directa, desde las formas tradicionales hasta la maquila, que significa otra fuente importante de transferencias de plusvalor hacia las empresas imperialistas; la tecnología que importamos, los pagos por uso de patentes, de marcas, etc., también representan importantes mecanismos de transferencia de recursos, desde los países subdesarrollados a los desarrollados, y como si esto fuese poco, también existen transferencias de capital, bien o mal habido, de los ricos del tercer mundo a los bancos del primero.

Siendo así como funciona el capitalismo, las posibilidades para salir algún día de la pobreza, en el tercer mundo, son, sencillamente, una quimera. Prometerlo, sin antes cambiar el sistema, es la mentira más grande que se le puede decir a un pueblo, porque es imposible.

¿Cómo no ser antiimperialista, si esta es la máxima expresión del capitalismo? ¿Cómo no ser anticapitalista tanto en el ámbito nacional como internacional, si es su racionalidad la que tanto daño ocasiona a la humanidad? ¿Cómo no serlo si es a causa del capitalismo que los adelantos científicos y tecnológicos logrados por la humanidad no pueden estar al servicio de la humanidad, sino de unos cuantos? ¿Cómo no ser un acérrimo enemigo del sistema, si la humanidad pudiera tener satisfechas sus necesidades materiales y dedicar sus vidas a tareas menos degradantes que producir riqueza para unos cuantos empresarios capitalistas?

¿Cómo no ser anticapitalista si se nos informa que la pobreza se ha democratizado en el mundo, cuando lo que debería democratizarse es la riqueza? Claro, no nos dicen que es a causa del capitalismo. Pero, obviamente, así es, porque existe una excesiva concentración de la riqueza, porque en este sistema el que no tiene acceso al dinero no puede comer, vestirse, curarse, educar a sus hijos, distraerse, transportarse... Nada se puede hacer si no se tiene dinero. De allí que quienes no encuentran empleo, o una fuente de ingresos aceptable para el sistema, acudan al robo, al comercio de drogas, a la prostitución, a la corrupción y al secuestro para tener acceso a las mercancías que el sistema les exhibe, les ofrece, les anuncia, les promueve, les oferta, a cambio de dinero, porque a los capitalistas lo

único que les importa es el dinero, que luego transforman en capital, y después, en poseer más y más bienes materiales, los cuales no son capaces de disfrutar, ni aunque vivieran mil años. Pero es que ya no importa disfrutar de la vida, ser feliz, lo único que importa es tener y tener. ¿Podrá alguien pensar que para ser feliz se necesita tanta fortuna como la que posee Bill Gates? ¿Y para qué la tiene entonces, para qué busca incrementarla año tras año, mientras más de mil de millones de personas carecen de los bienes más básicos y elementales? ¿Podrá pensar alguien que para ser feliz se necesita tener todos los bienes que tienen los ricos de nuestro país, mientras la población pobre emigra, porque en nuestro país no ve futuro? Y, claro, para asegurarse sus fortunas tienen un partido, controlan el gobierno, la policía nacional y sus ejércitos privados. Y siguen acumulando riqueza y siguen explotando a sus trabajadores y siguen negándoles, incluso, el salario mínimo, para tener más beneficios, más dinero, más riqueza. ¿No le parece a usted que esto es absurdo, inmoral e injusto? Lo vea desde la perspectiva que lo vea racional, ética o religiosa, usted estará de acuerdo en que el capitalis-

mo no es un sistema que le convenga a la humanidad. Y que ser anticapitalista es una necesidad histórica de todos los pueblos del orbe.

Pero déjeme señalarle otras cuestiones. Está bien estar contra el modelo neoliberal, la forma que reviste el capitalismo en la actualidad, en nuestros países, pero sería mejor estar contra el capitalismo y contra cualquier modalidad que éste adquiera. Está bien estar contra la guerra, pero estaría mejor estar contra el sistema capitalista, que es la causa de las guerras, en última instancia. Está bien afirmar que otro mundo es posible, pero sería mejor afirmar que se es anticapitalista y trabajar por un nuevo proyecto de sociedad alternativa. Está bien ser ecologista, pero sería mejor ser anticapitalista, que es la causa de la destrucción, degradación y contaminación ambiental, en última instancia.

Por todo esto y más, soy anticapitalista.

AQUILES MONTOYA
Catedrático del Departamento
de Economía de la UCA